COLECCIÓN HISPANIOLA, 54

RINCONES DE LA INFANCIA

© De los textos, Felipe Díaz Pardo

© Confluencias, 2025
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Impreso en España

ISBN: 978-84-129908-0-5
Depósito legal: AL 3819-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

Felipe
Díaz Pardo

RINCONES DE LA INFANCIA

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Índice

Breve Justificación 13

I. Los primeros pasos de un héroe. 17

II. En los límites del barrio. 25

III. Fuera de los límites del barrio. 43

IV. Sábados de cine y sesión continua. 65

V. Experiencias religiosas. 73

VI. Aventuras escolares. 83

VII. Heridas de guerra e infancia. 99

VIII. De familiares, amigos y paisanos. 109

IX. Días de ilusiones. 125

X. El mundo de los libros y las letras. 135

XI. La televisión en casa. 143

XII. Tardes de radio, merienda y besos. 153

XII. Patio de vecinos. 157

XIV. Barrio desconocido. 165

A todos aquellos que, por su vivir diario, de forma anónima y, sobre todo, sin saberlo, forman parte de estas páginas.

La plaza y los naranjos encendido
con sus frutas redondas y risueñas.

Tumulto de pequeños colegiales
que, al salir en desorden de la escuela,
llenan el aire de la plaza en sombra
con la algazara de sus voces nuevas.

¡Alegría infantil de los rincones
de las ciudades muertas»...
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!

Antonio Machado

Breve justicación

La memoria es el único territorio y patrimonio que nos pertenece. Es el desván de nuestros pensamientos, el trastero donde se acumulan todos los recuerdos que hemos almacenado a lo largo de la vida, unos buenos y aprovechables, como algunos de nuestros objetos, y otros malos que solo estorban. La escritura es la manera de ordenar y hacer limpieza en ese espacio tan pequeño que es nuestro cerebro, pero que es capaz de atesorar lo acumulado a lo largo de tanto tiempo.

Rincones de la infancia quiere significar, ya desde el título, esa intención de reubicar la existencia, de hacer balance de una parte de nosotros, que nos ha formado e influido, aunque no nos hayamos dado cuenta. Se suele decir que el tiempo lo borra todo, pero no puede con todo. Como el suave viento, no puede llevarse la roca que está asentada en el suelo o los árboles que hunden sus raíces en la tierra.

Si en alguna otra publicación quise evocar momentos circunstanciales relacionados con los veranos de la infancia y ciertas anécdotas estivales, mediante narraciones cercanas al relato o al cuento, en este caso, he hecho balance de una época y una épica que abarca la niñez sin tan siquiera llegar a la adolescencia.

Es un discurso, el de las siguientes páginas, que solo quiere dar cuenta de las pequeñas historias y momentos que uno ha vivido, dejar constancia de su presencia, como testigo, en unos años que ya no existen, que no volverán, que desaparecen irremediablemente con el paso del tiempo.

La nostalgia de lo pasado siempre surge al echar la vista atrás, pero, a la vez, suscita cierta satisfacción al rememorarlo, porque gracias a él ha surgido el presente en el que estamos, algo que es siempre positivo, aunque haya momentos en que uno se lamente de algunos de sus fracasos.

Pero al margen del esfuerzo que supone difundir a los demás el recuerdo de la propia vida, este proceso de desnudez del alma lleva implícito también el retrato de un escenario vital que, a su vez, es el reflejo de la sociedad en que nos hemos movido y se han desarrollado los hechos narrados. Con la exposición de los primeros años de nuestra insignificante biografía, damos testimonio también de una generación que, como todas, buscan su hueco en el mundo. Y es nuestra particular historia la que, junto con las de otros individuos, forma ese universo global, genérico y anónimo de una época concreta y en un lugar concreto.

Quizá sea ese afán por no perder las posesiones acumuladas en el poso de nuestros pensamientos lo que nos haga, en algunos casos, dejar constancia por escrito de nuestros desagrados y alegrías, de nuestras decepciones y nuestros avances, pero, sobre todo, de nuestras experiencias, como ejemplo o advertencia para los demás o, simplemente, para el disfrute melancólico de vivencias ya pasadas en un mundo diferente al de hoy. Espero haber conseguido alguno de estos objetivos a través de las páginas que siguen.

Y para todo aquel que pueda opinar que es ridículo o absurdo hablar de las vidas que a nadie importa, basta con decir que cualquier atisbo del pasado sirve para recuperar del olvido las formas y maneras de un tiempo que ya no volverá.

Octubre de 2024.

I

Los primeros pasos de un héroe

Mi existencia comenzó antes de ver la luz de la mañana, en el momento en que lancé mi primer llanto dentro de las entrañas de mi madre. Así es como me lo han contado. «Tú eres tan listo, porque ya lloraste dentro de mi barriga», me ha dicho siempre quién me dio la vida.

Nací en una de esas clínicas de maternidad existentes en una de las calles próximas a la glorieta de Atocha, allá por los primeros años del desarrollismo franquista, hoy desaparecida ya. Mi presencia en este mundo se produjo, como digo, antes del parto, cuando empecé a balbucear mis primeros pensamientos en el fondo materno, para orgullo de mi madre, que utilizó el relato de este prodigio de la naturaleza a lo largo de los años, y con insistencia, además, para dar cuenta de mi supuesta inteligencia y precocidad y su mérito en ello. Se ve que tal habilidad detectada en mí era la muestra patente, bien de mi deseo de salir pronto del reducido espacio en que fui gestado, que

ya parecía pequeño para mis planes futuros; bien, de la premonición de unas cualidades excepcionales.

En definitiva, aunque lo del llanto en lo más recóndito del vientre de mi progenitora fuera verdad, no creo en los superpoderes, y pienso que mis éxitos en la vida –o mis fracasos– me los he ganado yo solo a pulso.

Dicho esto, creo que empecé a tomar conciencia de mi entidad como persona a una edad bastante temprana. Pocos años debía de tener, apenas cuatro o cinco, cuando me veía como un niño distinto, tímido y retraído. Desde mi más tierna infancia me consideré un niño raro y esa impresión la tuve pronto, en las situaciones más insospechadas, mientras jugaba con otros niños, o cuando los mayores decían lo bueno y lo formalito que era.

Esa rareza me ha acompañado a lo largo de mis años y pienso ahora que no es más que una forma diferente de apreciar la realidad. La consecuencia de llegar a esa certeza tan tarde tal vez se materializa en el hecho de darse uno cuenta con el tiempo de que es difícil retroceder y reparar errores o mejorar nuestra trayectoria vital, gracias a los conocimientos que ahora tenemos.

Como volver al pasado ya no es posible, nos queda el recurso y el consuelo, al mismo tiempo, del recuerdo, que plasmado en estas páginas dan sentido, al menos, a nuestros años de paso por el mundo.

Y si pienso que ese primer momento del «big bang» de mi vida, ese instante en el que el agujero negro estalló para convertirme en una persona con la

fisonomía propia de los seres humanos, se produjo el día en que comencé a ir a la escuela.

Puse por primera vez mis pies en un colegio que estaba situado en la primera planta de un edificio en cuyos bajos se ubicaba una farmacia, propiedad de los mismos dueños del centro escolar que se ubicaba arriba. Eran los años sesenta de un siglo en que la modernidad estaba por hacerse y las leyes sobre las normas relativas a las condiciones mínimas de unos establecimientos en donde los niños pasábamos gran parte de nuestro tiempo, aún no existían. En aquella época del desarrollo y del «baby boom», eran necesarios los colegios como el comer y se abrían en cualquier rincón de cualquier edificio sin tener en cuenta los requisitos indispensables para llevar a cabo tan difícil e importante tarea como la de la educación. De hecho, años después, en una de mis conversaciones con una directora de un colegio, al que acudía a realizar mi trabajo de inspector de educación, me comentaba que, por aquella época de la emigración compulsiva, las autoridades educativas y municipales le pedían y suplicaban que abriera aulas en los bajos y los sótanos de los edificios y en cualquier otro espacio que permitiera amontonar a todo aquel ejército de niños que no paraba de crecer.

El primer día de colegio fue un día gris para mí. La escuela la formaban tan solo unas cuantas aulas donde criaturas de parecida edad a la mía eran mezcladas sin mucho criterio, ocupando las dependencias que había a ambos lados de un oscuro pasillo que atravesaba toda la planta. Mi madre me llevaba de una mano y en la otra arrastraba una cartera de la cual todavía no

sabía su utilidad, hasta el punto de que, una vez dentro de la caverna de la clase, habitada por pequeños monstruos enjaulados y de especie animal similar a la mía, envalentonados por la costumbre del encierro entre las filas de mesas, no supe qué hacer con aquel bulto, de momento inútil, que, desde ese instante habría de acompañarme durante bastantes años, como una pesada cruz.

Tras las presentaciones y demás ceremonias de bienvenida, me quedé solo en el mundo cuando mi madre se fue. La angustia me invadió, viendo el espectáculo, dantesco para mí, de unos compañeros que me miraban con ansias de devorarme, como fieras salvajes, ajenas todavía de la valía del nuevo condiscípulo que tenían delante, y sin saber yo qué hacer tampoco con la cartera. Todavía no había descubierto la existencia, bajo el tablero del pupitre, de la cajonera y no se me ocurrió otra cosa que aguantar toda la mañana con aquel objeto sobre la mesa hasta que pude dar con el gran descubrimiento de aquel espacio sobre mis piernas. Nadie me ayudó a dar con el hallazgo hasta el final de la mañana cuando, por fin, vi a los compañeros sacar sus carteras. La angustia de aquellas primeras horas de colegio las recordaré siempre, desde la perspectiva de un niño, como un ejemplo de injusticia y crueldad, de desamparo e insolidaridad, algo que suelen sufrir los mártires y los defensores de las causas perdidas, como en ese instante yo me veía. También me vino a la mente la parecida y triste reflexión, conocida por mí años después, que Lázaro de Tormes se hizo cuando el ciego le dio el golpe contra

el toro de piedra y pensó aquello de «verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer». Lo que quiero decir con esto es que allí cada cual iba a lo suyo, obviedad de una realidad que se comprueba con el tiempo.

Pero esa sensación que produce la maldad, la soledad y el abandono –o al menos así lo creí yo en ese momento–, la hube de experimentar de nuevo, en mayor grado y, sobre todo, con mayor dolor, por aquellos tiempos de mi primera edad poco tiempo después, cuando fui operado de amigdalitis. Fue la primera prueba del sufrimiento humano, gratuito y cruel, a la que fui sometido para ser considerado uno de sus iguales entre mis congéneres y, así, poder dar cuenta también del primer sacrificio al que era sometido en el mundo terrenal, en el valle de lágrimas en que nos ha tocado vivir, según las ideas religiosas menos optimistas.

Así, esa otra mañana me vi formando fila con otros niños de mi edad en una sala deshumanizada y aséptica del ambulatorio del barrio en que vivía, alicatadas sus paredes con azulejos blancos y fríos similares a las que aparecen en los hospitales de las películas ambientadas en épocas antiguas y con las que se quiere mostrar la visión desoladora, oscura y triste de otros tiempos. Todos íbamos provistos de una toalla bajo el brazo, camino del sacrificio y ajenos a lo que nos pasaría poco después, esperando a traspasar una puerta que nos llevaría a la tortura, a tenor de los ruidos y alaridos que provenían del otro lado de la pared. Y, sin embargo, ninguno de los allí presentes, ingenuos e inocentes, pero asustados, nos movíamos del sitio,

como señal inequívoca del terror y la incomprensión que nos paralizaba. Ninguno decíamos nada, solo nos mirábamos de reojo manteniendo el tipo y esperando nuestro turno para el martirio que nos esperaba con abnegada resignación.

Al rato llego mi turno. Se abrió la puerta, como si las puertas del infierno o de la eternidad me dieran aviso de mi primera tortura en la vida. Pasé a la sala contigua con el tímido sigilo que imponían las personas de bata blanca que por allí deambulaban, enfrascados en el ajetreo de su trabajo médico, moviéndose de un lado para otro y en donde los artilugios quirúrgicos eran el tétrico adorno de aquel escenario.

De pronto, aturdido con el movimiento de aquel grupo de personas que apenas reparaban en mí y que se movían a modo de legiones de soldados que parecían preparar momentos de pasión parecidos a los de otros tiempos, noté de repente a mis espaldas la presión de unas manos que atenazaban mis brazos. Alguien me había apresado por detrás y me sentó con fuerza en su regazo, al tiempo que él se sentaba también en un sillón similar a los utilizados en las consultas del dentista.

Antes de que pudiera darme cuenta, otro individuo, al que apenas pude ver la cara, se abalanzó de frente sobre mí, me abrió la boca, introdujo una especie de tenazas hasta la garganta y de un tajo certero arrancó algo de mi interior a la vez que notaba una intensa quemazón por todo el cuello. He ahí el primer sacrificio físico que ofrecí al mundo, en el que la sangre derramada fue la muestra de un martirio inútil por no se sabe qué designio o mandato divino.

—Hala, muchachito, ya puedes ir saliendo –me dijo el primer individuo que me había sujetado con fuerza en el momento en el que me sorprendió ajeno y desprevenido.

Por la inevitable naturaleza humana y también por la frescura que aporta la infancia, una rabia inusitada salió de mi interior en ese instante en el que, mientras más lloraba de dolor más se ahogaban mis gritos en los borbotones de sangre que brotaban de mi garganta y que tenía que contener con la toalla que previamente llevé a aquel lugar, más parecido a un matadero que a un centro médico, pues como un cerdo que llevan a sacrificar sin ningún miramiento me sentí, como un ingenuo e inocente cervatillo destinado al sacrificio.

Fuera de aquel recinto de la tortura, que hacía las funciones también de particular matadero, mis padres, resignados ante la dura, pero necesaria prueba, me estaban esperando y me recibieron con brazos amorosos y tiernos, algo que a mí de nada me servía en aquellos momentos de tanto dolor y ante un escozor por dentro que nunca en mi vida todavía había sentido. Contra ellos descargué la furia de mis puños al comprender que ellos, incluso a su pesar, eran cómplices también de la traición y de la masacre que se estaba llevando allí con todos los niños que conmigo estaban. No obstante, mis gárgaras y gorgoteos crecían mientras más grande era la ira que desprendía todo mi ser, tal vez como única protesta y enfrentamiento a la voluntad divina.

Durante varios días, la herida, como las llagas provocadas en otros tiempos por lanzadas traidoras, fue

cicatrizando con la ayuda de las bajas temperaturas de los alimentos fríos –en absoluto podía tomar nada caliente–. Pero una nueva señal del destino atenuó tanto sufrimiento: mientras estaba en la cama, adormecido con tanto dolor, sonó el timbre de casa en la primera mañana del sacrificio, rara e inusual. Entre delirios febriles pude enterarme del acontecimiento: mi operación de anginas había servido como excusa para la llegada a aquel modesto hogar del primer frigorífico del que íbamos a disfrutar la familia. Gracias a este electrodoméstico, podría comer esos días unos providenciales helados con los que sobrellevar tanto sufrimiento y tanta barbarie. Nunca viene mal –y he aquí la enseñanza que de esta anécdota intenté extraer– aprovecharse de la desgracia ajena para ir avanzando en el progreso y en la modernidad.